

LA EXPLOTACIÓN DE LA SAL EN VILLAFÁFILA (ZAMORA): LAS RAÍCES PREHISTÓRICAS DE UNA ACTIVIDAD TRADICIONAL

THE EXPLOITATION OF SALT IN VILLAFÁFILA (ZAMORA):
THE PREHISTORIC ROOTS OF A TRADITIONAL ACTIVITY

Germán Delibes de Castro

Universidad de Valladolid

Elisa Guerra Doce

Universidad de Valladolid

Francisco Javier Abarquero Moras

Museo de Palencia

Elías Rodríguez Rodríguez

Instituto de Estudios Zamoranos

RESUMEN

La comarca de Villafáfila fue un formidable emporio salinero durante la Edad Media. En este trabajo se reivindican los orígenes de la explotación de la sal en la zona desde el 2500 AC, coincidiendo con la plenitud de la Edad del Cobre.

PALABRAS CLAVE: Lagunas de Villafáfila, explotación de sal, Medievo, profunda tradición, orígenes prehistóricos.

ABSTRACT

During the Middle Ages, there was a flourishing salt industry at Villafáfila. In this paper, it is claimed that the origin of salt exploitation at the region starts back to about 2500 BC, during the Copper Age.

KEY WORDS: Villafáfila lagoons, salt exploitation, Middle Ages, long-lasting tradition, prehistoric origins.

1. INTRODUCCIÓN

La aspiración nada secreta de cualquier arqueólogo es actuar como un antropólogo de los tiempos pretéritos. El objetivo de ambos es el mismo, reconocer el funcionamiento de las sociedades que investigan, aunque para los arqueólogos lograrlo pueda resultar en principio más problemático por aquello de estudiar sociedades desaparecidas y, con frecuencia, ágrafas (Alcina, 1989). Pero esa, en apariencia, mayor dificultad en el desafío no resta un ápice de valor a la afirmación anterior, lo que llevó en su momento a R. G. Willey y Ph. Phillips (1958) a advertir que «la Arqueología o es Antropología o no es nada». Instalados nosotros en esta convicción y alertado José Luis Alonso Ponga, nuestro compañero de universidad y nuestro amigo hoy justamente homenajeado, de la justificación de las palabras no menos celebradas de F. W. Maitland de que «la Antropología debe elegir entre ser Historia y no ser nada» (cfr. Mair, 1981: 46), es lógico que nuestras preocupaciones, las suyas como antropólogo y las nuestras como prehistoriadores, se hayan cruzado en más de una ocasión aunque las inquietudes comunes nunca llegaran a cristalizar en un trabajo conjunto. Pero, para ser sinceros, ambos nos sentimos durante mucho tiempo concernidos y estimulados por un eslogan que se atribuye a Franz Boas –«sólo el pasado de un fenómeno cultural lo hace inteligible» (Lowie, 1946: 179)– el cual representa una resuelta invitación, si no un reto, a buscar raíces remotas, inclusive prehistóricas, para ciertos fenómenos culturales de larga duración.

Imbuídos de ese espíritu, hoy nos guía el propósito de rastrear los orígenes prehistóricos de la explotación de sal en las lagunas de Villafáfila (Zamora), una actividad y una forma de vida de acusada personalidad que, aunque prácticamente desaparecida, merece el calificativo de *tradicional* por la fuerte implantación que llegó a adquirir en determinados momentos de la Historia (Rodríguez Rodríguez, 2000). López Román (2014: 275) define los llamados «paisajes de sal» como «realidades complejas y dinámicas, compuestas por elementos naturales y culturales, materiales e inmateriales, tangibles e intangibles, consecuencia de los procesos de producción y comercialización de la sal sobre el territorio a lo largo de los siglos» y en ese sentido no cabe duda de que Villafáfila es uno de los muchos paisajes de sal existentes en la Península Ibérica (Carrasco y Hueso, 2008). Sin embargo, es preciso admitir que en nuestro caso se trata de un paisaje en franca decadencia y cada día más desdibujado, pues no en vano hace ya cinco siglos que en las salinas de Villafáfila o de Lampreana se interrumpió la actividad. De ahí, por ejemplo, que la huella del patrimonio salinero «construido», esto es, de las infraestructuras con sus edificaciones, sus pozos, sus cisternas, sus canales, sus eras etc., resulte ya prácticamente inapreciable y, en el mejor de los casos, solo susceptible de analizar con metodología arqueológica. Una de las últimas personas que tuvieron el privilegio de visualizar ese paisaje y de describirlo todavía en parte amueblado fue hace

más de un siglo don Manuel Gómez Moreno quien en el *Catálogo Monumental de la Provincia de Zamora* dice textualmente:

Su aspecto de hoy no es para olvidado: todo pajizo, como brotadas sus casas y cercas espontáneamente del suelo, y en derredor muchos edificios cuadrados rematando en cúpula, que parecen *cubbas* de moros, y no son sino refugios contra la lluvia, dispuestos en cada predio o era, y hechos con adobes y tierra amasada: visto esto en un día calmoso de verano, la ilusión de ciudad oriental es completa (Gómez Moreno, 1927: 314).

Al menos ahí se habla todavía de «eras», no otra cosa que las balsas en que se insolaban las mueras, y se reconoce la personalidad constructiva de las «capuanas» de la Edad Media, que, como veremos, fueron los edificios referenciales de cada explotación.

Todavía sería interesante que los etnógrafos comprobaran qué rastro queda entre los actuales habitantes de la antigua Lampreana del patrimonio inmaterial o intangible de la época del esplendor salinero, e inclusive de la vieja personalidad o identidad social de un colectivo humano que, por su dedicación a un oficio insólito y en las antipodas del de sus vecinos labradores –«agricultura mineral» lo llama López Román (2014: 275)–, debieron tener a gala ser muy diferentes de ellos, como sucedía a los salineros de Poza de la Sal en relación con los campesinos del resto de La Bureba (Sáiz Alonso, 1989: 9). Y tendría interés hacerlo porque las costumbres, de nuevo en la línea de lo defendido por Boas, a fuerza de repetirse se convierten en tradición y, una vez asentadas, por más que se desdibuje el contexto que propició su aparición, como sin duda es nuestro caso, difícilmente desaparecerán por completo dada su potente carga emocional (Stocking, 1968).

En resumen, el paisaje –en nuestro caso el paisaje de sal de Lampreana– es un complejo constructo cultural, una suerte de palimpsesto resultante de la interacción recurrente de los hombres de muchas generaciones con su particular medio (Ortega Valcarcel, 2000; Chevallier, 1976). Metafóricamente, podría compararse a un filtro o red que apresa y fija, en un proceso acumulativo, los posos de los comportamientos humanos representativos de cada momento de la historia. Y es precisamente en ese marco en el que nos parece importante dar cuenta de cómo los más antiguos posos del paisaje salinero tradicional de Villafáfila se remontan, como vamos a comprobar, nada menos que a la prehistoria.

2. LOS SALMENTEROS MEDIEVALES DE LAMPREANA

A) TERRITORIO Y MARCO CRONOLÓGICO. El fundamento de la actividad salinera de la comarca de Lampreana, como se conocía en el Medioevo al entorno de Villafáfila, son las salinas o

lagunas salobres que se sitúan en el extremo más occidental de la Tierra de Campos. Son un rosario de lavajos que alcanzan una extensión invernal de medio millar de hectáreas, de las que la mayoría corresponden a los tres esteros mayores: la laguna de Barillos, en los términos de Revellinos y Villafáfila, la Laguna Grande, en Villafáfila, y la laguna de Las Salinas, en el municipio de Villarrín. De origen pluvial, experimentan un fuerte estiaje en verano y deben su carácter salino en parte a los depósitos detríticos miocénicos del subsuelo, pero sobre todo a una inyección de aguas clorurado-sódicas más antiguas, que proceden seguramente de la vertiente sur de la Cordillera Cantábrica.

Se sabe con seguridad del aprovechamiento de tales aguas para la producción de sal desde el año 917 en que un documento menciona las «pausatás (los lugares donde se posaba el agua salobre para su evaporación) de Lampreana» (Yáñez, 1972, doc. 3). Pero no puede descartarse una explotación anterior, romana, valorando la posibilidad de que el nombre de Villafáfila guarde relación con la *favilla salis* o sal más fina que menciona Plinio el Viejo (*Nat. Hist.*, XXXI: 90), y asimismo considerando el hallazgo en el NE de la provincia de Zamora de una *limitatio agrorum* en la que se alude a unas *lacunas* que en este sector únicamente pueden ser las nuestras (Mayer, García y Abásolo, 1998). La actividad, de cualquier forma, se mantuvo pujante durante toda la Edad Media, hasta que en el siglo XVI desapareció abruptamente: en 1497 solo sobrevivían 12 explotaciones, la cuarta parte en 1538 y ninguna en los años 70 de esta misma centuria. Fue el final del negocio salinero de la comarca porque los intentos de Carlos III de revitalizarlo en el siglo XVIII (Fig. 1) se saldaron con un rotundo fracaso (Rodríguez, 2000: 114–154).

B) LAS FACTORÍAS Y EL PROCESO PRODUCTIVO. La unidad de explotación salinera fue la *pausata* o posada –«ubi sal operatur», precisa un escrito del siglo XI (Ruiz Asencio, 1987, doc. 1201)– a la que se denomina también *salina*. Situadas en el borde de las lagunas, su nombre alude al lugar donde se posan las mueras para la condensación y al resto de las infraestructuras de la cadena productiva: los pozos (*puteos*) para captar el agua salobre, las cisternas en las que se acumulaba, y las *eiras* y *eiratos* donde se exponían las mueras para su evaporación al sol. Esto último explica por qué la actividad salinera exigía trabajar con «cielo sereno y no turbado», esto es en el buen tiempo, a la vez que permite entender la costumbre de pagar las rentas de la sal entre San Juan y San Miguel (Rodríguez, 2000: 63–65).

Pero desde 1048 se registra también en los diplomas el término *capuana* (Herrero, 1988, doc. 534), que, si inicialmente remite a los edificios en los que se almacenaban la sal y los aperos, a la larga, en la Baja Edad Media, será el nombre por extensión de toda la factoría salinera, englobando al resto de elementos de la explotación. Siendo espacios cubiertos y al amparo de la lluvia, las capuanas debieron cobijar también otra operación de la que dan fe los documentos: la cocción de mueras. Mencionan estos, en

caso de que donde hoy se asientan media docena de ellos –Revellinos, San Agustín del Pozo, Tapioles, Villafáfila, Villarrín y Otero de Sariegos, prácticamente abandonado– se alzaban entonces cerca de cuarenta aldeas y villas surgidas en la siguiente progresión: diez en el siglo x, diecinueve en el xi y trece más en las dos siguientes centurias que fueron las de máximo auge de las explotaciones (Rodríguez, 2000: 33–60).

La sal se encontraba, obviamente, tras tanta prosperidad y es que si el producto de las salinas de Poza, Añana, Atienza o Sigüenza abastecía a las tierras de Castilla, en el oriente de la Meseta, el suministro del Reino de León corrió a cargo casi en exclusividad de Villafáfila (Rodríguez, 2006). Obviamente, se producía sal muy por encima de las necesidades locales, lo cual también tuvo repercusión medioambiental: calderas y co-cederos, como dijimos, requerían combustible y ello, aunque la cosa venía de muy atrás, se tradujo en una acentuada deforestación de Lampreana. La situación llegó al punto de que, como atestiguan algunos escritos, la leña de encina hubo de buscarse lejos de los espacios productivos, con el inconveniente en ocasiones de tener que obtenerla al otro lado del Esla y en competencia con el monasterio de Moreruela (Rodríguez, 2000: 66).

De algunos de los caminos por los que circuló la sal informa la toponimia. Por ejemplo, sabemos de la existencia en el siglo xv de «un camino ancho de los Salmenteros, que viene de Villafáfila», el cual atravesaba el valle del Salado a la altura de Torres del Carrizal para acceder a Zamora (A.H.N. Códices. L. 1184). Pero nombres similares reciben otros caminos transitados por los productores para hacer acopio de leña lejos de las factorías, caso del «que va desde Villafáfila para las azeñas de Quintos que también le llaman de Sarmenteros» entre los términos de Bretó y Granja de Moreruela (Archivo de la Nobleza. Osuna 467, 54–55).

D) EL RÉGIMEN DE EXPLOTACIÓN. Los productores de sal de la zona reciben, como acabamos de ver, la denominación de «salmenteros de Villafáfila» y entre ellos cabe distinguir a los dueños principales de las cabañas de los que hacen la sal y de los arrendatarios: «domini principales torvarum teneantur et nihilominus ipsi qui faciunt salem et qui arrendant». En el proceso productivo intervenían también criados y mozos contratados temporalmente. Y además solía ser una actividad familiar en la que los secretos del oficio se transmitían generacionalmente: existen testimonios, por ejemplo, de productores de fines del siglo xv cuyos padres, tíos o hermanos habían sido o eran también salmenteros.

Inicialmente la mayoría de las *pausat*s estuvieron en manos de pequeños propietarios que por sus nombres suponemos de ascendencia goda, árabe y leonesa (Rodríguez, 2000: 87). Pero enseguida los nobles y sobre todo las instituciones eclesiásticas se interesaron por las salinas y se hicieron con numerosas propiedades por medio de compra, presura o donación real. El monasterio de Sahagún, seguramente el mayor beneficiario,

llevó a cabo ya en el siglo X una política abierta de adquisiciones alrededor de la Salina Grande. Otro gran propietario en Lampreana fue la catedral de León, con posesiones en Villarrín y Otero de Sariegos, y a cierta distancia les seguían los monasterios de Eslonza, Moreruela o San Martín de Castañeda, aparte de la catedral de Astorga y de algún cenobio gallego como el de Sobrado (Rodríguez, 2000: 84–105). Por último, tampoco los monarcas quedaron al margen de los beneficios que rendía aquel negocio, pues tanto ellos como sus hijos tuvieron salinas propias que arrendaban. Sin embargo, los principales réditos para la corona procedían de los impuestos: el aplicado a la producción de la sal (*alvará*), y los habituales de circulación (*portazgo*) y venta de mercancía (*alcabala*) (Rodríguez, 2000: 71–77). La progresiva regulación normativa de las explotaciones salineras se materializaría a la postre en un auténtico monopolio real (Pastor, 1963) que dejó muy poco margen para la supervivencia de pequeños propietarios.

e) LA DECADENCIA. Se comienza a acusar a finales del siglo XIII y se materializa definitivamente en el XVI. La asfixia de las explotaciones de Villafáfila responde probablemente a una conjunción de factores: Tal vez influyó la pérdida de calidad de las mueras, por sobreexplotación, o la inauguración de una fase climática con niveles inferiores de insolación, puesto que desde 1350 se acreditan los efectos de la Pequeña Edad del Hielo (López Sáez *et al.* 2018: 93). Pero el factor determinante, sin duda, fueron los cambios geopolíticos producidos entonces. Por una parte, la unión de Castilla y León, en 1230, que facilitó la circulación de la sal castellana por todo el territorio del nuevo reino; por otra el avance de la Reconquista hacia el sur que propició el acceso a nuevos e importantes salines andaluces y portugueses. Un exceso de competencia que trató de repararse con medidas proteccionistas (no siempre eficaces, pues constan quejas por la entrada en la ciudad de Zamora de sal portuguesa, más barata, de contrabando), pero que finalmente arruinaría la viabilidad del salín de Villafáfila. En 1564 se ponía fin definitivamente a la actividad, siendo la última cabaña en abandonarse la del señor de la villa, Marqués de Tábara. Como se ha dicho, los intentos de rehabilitar las explotaciones en el siglo XVIII no llegaron a cuajar, e idéntico fracaso acabó cosechando la fundación en 1794 en Villafáfila de una Real Fábrica de Salitre (Rodríguez, 2000: 114–154).

3. LOS PRECEDENTES PREHISTÓRICOS DE LA EXPLOTACIÓN DE LA SAL EN EL ENTORNO DE LAS LAGUNAS DE VILLAFÁFILA

a) UNA OCUPACIÓN PREHISTÓRICA DE PARTICULAR INTENSIDAD. Los primeros trabajos de prospección arqueológica en este espacio (Rodríguez, Larrén y García, 1990), además de localizar buena parte de las factorías de sal medievales, permitieron comprobar la alta densidad, muy superior a la de otras comarcas próximas, de estaciones de signo prehistórico: un tipo de yacimientos de pequeñas dimensiones, situados en la misma orilla de los

lavajos, en zonas inundables, que proporcionan en superficie abundantes fragmentos de cerámicas a mano, pero sobre todo unos particulares restos de barro semicocido (pellas, peanas y recipientes con improntas de cestería) que despertaron el interés de algunos investigadores por su similitud con los entregados por determinados yacimientos prehistóricos del continente europeo en los que inequívocamente se beneficiaban salmueras por ignición. Tras tímidas propuestas será en los años 90 del siglo pasado, después de la primera excavación del enclave de Santioste, cuando se empiecen a leer los yacimientos de Villafáfila en términos similares (Delibes, 1993; Delibes, Salvador y Viñé, 1998; Delibes, García, Larrén y Rodríguez, 2005), dando pie a interpretar esa concentración de hallazgos como el resultado de una intensa explotación de la sal durante la Prehistoria.

Posteriores estudios sobre el terreno (Abarquero, Guerra, Delibes, Palomino y Val, 2012) vinieron a concretar la dimensión de ese fenómeno, así como a acotarlo cronológicamente. Gracias a ellos sabemos hoy que el primer auge poblacional de la comarca se produjo en tiempos calcolíticos, a lo largo de III milenio AC. Durante la primera mitad de este periodo surgen, en efecto, numerosos poblados como Valorio, El Fonsario o Pozo Moiro que, por su amplitud (hasta 12 ha) y por la relevancia de sus materiales arqueológicos, algunos importados, debieron ser lugares de indudable relieve. No es descartable que su poderío estuviera ya relacionado con la explotación de la sal, pero nuestros intentos por confirmarlo excavando en un supuesto salín de este momento, junto a la laguna de Villardón, no han tenido el resultado apetecido.

La situación cambia claramente a partir del 2500 AC, esto es, en la etapa del Vaso Campaniforme. Nuestras excavaciones en Molino Sanchón II acreditan la existencia de una estación de sal explotada por entonces, en la que abundan las típicas cerámicas decoradas con vistosos motivos incisos e impresos, rellenos de pasta blanca, propios del grupo Ciempozuelos. Sobre el papel que la citada vajilla de lujo jugó en un espacio de producción ya hemos hablado en otras ocasiones (Delibes, Guerra y Abarquero, 2016), intuyendo que su utilización tuvo que ver más que con la esfera productiva, con ceremonias propiciatorias, compensatorias e, incluso, apropiadoras.

El salto definitivo en la explotación prehistórica salinera en Villafáfila se produjo en el tránsito al II milenio AC, durante el Bronce Antiguo. Las prospecciones han permitido contabilizar hasta 30 estaciones de este momento, y tanto su posición en la orilla misma de los esteros, que denota solo fueron operativas durante el estiaje, como su reducido tamaño contribuyen a pensar en centros de explotación de sal, lo que por otra parte confirma otro extremo: entre los vestigios que entregan en superficie se encuentran los mencionados pedestales y las cerámicas de barro semicocido, a veces con improntas de cestería, que en toda Europa se conocen con el nombre de «briquetage» y que son prueba de la reducción de salmueras mediante su ebullición al fuego (Abarquero *et al.* 2012).

Más difícil de demostrar es la continuidad de las mismas prácticas en épocas prehistóricas posteriores, tanto por disminuir el número de yacimientos, como por su no absoluta inmediatez a las lagunas. Pese a plantear algunas hipótesis, no hallamos explicación definitiva a ese posible abandono de la explotación salinera, que quizás responda a procesos naturales, pues los análisis polínicos documentan una clara deforestación y cambios medioambientales por entonces (López-Sáez *et al.*, 2018).

B) LA CADENA OPERATIVA DE LA PRODUCCIÓN DE SAL EN LA PREHISTORIA. La idea de que los rasgos referidos (tamaño reducido de los yacimientos, localización orilla de los esteros, presencia de «briquetage»...) eran consustanciales a explotaciones de sal por ebullición tuvo confirmación, como hemos adelantado, en las excavaciones de hace tres décadas en Santioste (Otero de Sariegos), donde se localizaron verdaderos hornos para cocer las salmueras (Delibes, 1993; Delibes *et al.*, 1998). Pero ha sido la reactivación de los trabajos de excavación dos décadas después, tanto en Santioste como en Molino Sanchón II, lo que ha aportado una información definitiva para describir con cierto grado de detalle las cadenas operativas seguidas por las gentes prehistóricas en la obtención de esta sal de fuego. Nos referimos a cadenas, en plural, porque los restos arqueológicos se empeñan en mostrarnos que las fórmulas no fueron las mismas a lo largo de los casi mil años investigados, mostrándonos partidarios de distinguir en este sentido dos fases. La primera, del Calcolítico Final y comienzos del Bronce Antiguo (cuatro últimos siglos del III milenio y primera centuria del II), coincide con el auge del fenómeno Campaniforme, y con los inicios de su declive. La segunda se identifica ya con la plenitud del Bronce Antiguo regional, prolongándose hasta los albores del Bronce Medio. En ambos modelos parece claro que la actividad se restringiría a la época veraniega, como ocurría en las salinas de evaporación medievales, primero porque la menor pluviosidad reduciría el riesgo de ruina de las «cosechas» de sal, y segundo porque el estiaje habría hecho descender el nivel de las lagunas, algo que redundaba en una mejor concentración de sal en sus aguas (Abarquero *et al.* 2012).

B.1: MODELO PRIMITIVO. Gracias a las excavaciones de Molino Sanchón II (Villafáfila) podemos decir que los elementos involucrados en la fabricación de sal en esta etapa son fundamentalmente: pozos de captación de agua salada, balsas impermeabilizadas, «cocederos» con soportes de barro y hoyos de poste. Los pozos se excavan hasta alcanzar el nivel freático, quizás buscando salmueras con una mejor ley de sal. Y para la extracción del agua podemos imaginar un sistema sencillo a base de odres de piel anclados a pértigas que, considerando la escasa profundidad de las perforaciones, no tuvieron que ser excesivamente largas.

El líquido obtenido no tendría (no lo tiene en la actualidad) un componente salino suficientemente importante como para ser sometido directamente a su calentamiento,

por eso creemos que era volcado en las múltiples balsas documentadas. Están excavadas en el suelo, tienen diferentes tamaños y muchas de ellas se hallan convenientemente revestidas de greda, una arcilla blanquecida que sirve de base geológica al yacimiento y que tiene capacidad aislante. Su finalidad parece ser la de servir de «concentradores» de la salmuera, donde esta sufriría un primer proceso de decantación de impurezas y de enriquecimiento, de ahí que algunas de las fosas tengan una especie de receptáculo más profundo en el fondo o que otras aparezcan pareadas, pero a distinta altura y con las bocas tangentes, para permitir un trasvase del líquido entre ellas (Abarquero, Guerra, Delibes y López-Sáez, 2018).

No podemos descartar tampoco que algunas de estas cubetas sirvieran en realidad para la lixiviación de sedimentos salinos, es decir, que funcionaran como los receptáculos de estructuras aéreas confeccionadas con elementos vegetales en las que se filtraran las tierras impregnadas de sal de las orillas o del fondo de las lagunas, de manera similar a como se ha hecho de forma tradicional, y se sigue haciendo en ocasiones, en México (Castellón, 2016: fig. 28).

Tras estos primeros pasos de oreado y concentración, se llevaría el enriquecido líquido resultante (ahora podemos hablar ya sin ambages de verdadera salmuera) a los «cocederos», donde se calentaría en el interior de grandes recipientes de cerámica. Curiosamente no se trata de modelos estandarizados, puesto que no ofrecen una única morfología, dando la impresión de que se aprovechan simples cacharros de cocina especialmente resistentes al calor. Los «cocederos» de esta etapa no son más que plataformas de arcilla endurecida primero y pequeñas hondonadas de tendencia circular después, donde se deposita la leña necesaria para el fuego (Fig. 2). Las vasijas llenas de salmuera se colocan por encima, pero sostenidas y separadas del combustible por medio de unas peanas de arcilla cruda, aunque también las hay de piedra, que tienen generalmente forma troncocónica y que se disponen de tres en tres (trébedes) nada raramente dentro de pequeños hoyos circulares (horneras). El calor no tenía que ser intenso, pues el agua no debía hervir, como nos explican trabajos experimentales y testimonios etnográficos, pero necesitaba mantenerse activo durante un prolongado periodo de tiempo, por lo que era precisa una constante vigilancia durante la cual habría que ir añadiendo salmuera a medida que el agua se iba evaporando (Abarquero *et al.* 2012).

Este proceso desembocaría en una cada vez más pastosa solución dentro de las ollas, una especie de engrudo conocida en algunos lugares como «pasta de sal». Llegados a este punto, la solución habitual en otras factorías europeas prehistóricas suele ser el trasiego del producto a unos moldes confeccionados en barro crudo (el verdadero «briquetage»), dentro de los cuales se completaría el proceso de secado mediante una postrera sesión sobre el fuego. El bloque de sal queda entonces fuertemente adherido a



Figura 2: «Cocedero» de salmuera de Molino Sanchón II.

su última horma, por lo que su liberación exige su rotura, acción que tiene como consecuencia la alta concentración de cascotes de este tipo en las factorías. Estos recipientes tienen la ventaja de ser muy económicos, puesto que se confeccionan con barros sin tamizar y no precisan cocción, permitiendo, por otra parte, la modulación del producto final en panes o «quesos» homogéneos que facilitan su transporte y distribución.

En los cocederos de Molino Sanchón, sin embargo, no encontramos restos de tales moldes, salvo puntuales y discutibles ejemplares que no proporcionan una explicación satisfactoria. Podríamos pensar, entonces, que el hervido se prolongara sobre los grandes recipientes iniciales hasta acabar en una total solidificación, pero siempre nos hemos mostrado escépticos ante esta posibilidad por tres razones: porque, de ser así, el volumen de fragmentos de cerámica debería ser todavía mayor que el documentado; por el coste excesivamente elevado de amortizar en cada remesa un considerable número de vasijas que pudieran tener una vida más prolongada; y porque los bloques de sal así obtenidos, no sujetos a una modulación de tamaño o peso, tendría más dificultades de cara a la comercialización. Por ello hemos planteado la posibilidad (Guerra, Abarquero y Delibes, 2017) de que se hubieran utilizado para este último paso, es decir, para el secado final, contenedores orgánicos, bien cestos o canastos, bien estuches de fibras vegetales, como los empleados con ese propósito en Nueva Guinea (Pétrequin, Weller, Gauthier, Duffraise y Peningree, 2001) o en salinas tradicionales de México (Castellón, 2016; Robles, 2016).

Quizás una pista en pro de esta hipótesis sea la presencia frecuente en nuestros yacimientos de recipientes cerámicos con improntas de cestería que nos hablan de gentes acostumbradas a las técnicas del trenzado, a las cuales también pudieron recurrir para confeccionar esos sacos que, debidamente colgados de tendedores montados sobre postes (cuyos negativos en el suelo también son frecuentes en las áreas de cocción), servirían para conformar los definitivos y homogéneos bloques de sal.

B.2: MODELO AVANZADO. En la plenitud del Bronce Antiguo, los fundamentos del método se mantienen, puesto que la reducción de las salmueras sigue apoyándose en su evaporación por medio del fuego. Sin embargo, varían las estructuras utilizadas para ello y también, en cierta medida, los recipientes en los que se lleva a cabo. La principal novedad es la sustitución de los primitivos cocederos, poco más que grandes lares donde



Figura 3: Horno con cámara de combustión de Santioste.

de se colocaban peanas y vajijas, por verdaderos hornos con cámara de combustión (hasta 17 se han contabilizado en Santioste), lo que permitiría un mejor aprovechamiento del calor (Fig. 3). En líneas generales están excavados en el suelo, tienen tendencia alargada, sus paredes están revestidas de barro endurecido por el fuego y su suelo aparece cubierto por cenizas y trozos de cerámica. Muestran, sin embargo, distintos tamaños: más homogéneos y de disposición regular al principio (unos 2 m de longitud, entre 40 y 50 cm de anchura y entre 15 y 60 cm de altura), y más variados en los estadios superiores, donde además vemos algunos con bocas de alimentación en rampa.

No se reconocen huellas claras de una cubierta, por lo

que consideramos que, salvo algunos de reducidas dimensiones, no llegaron a tenerla. Los recipientes se podrían haber ajustado directamente entre las paredes de los hornos, aprovechando su perfil abierto, troncocónico en muchos casos, y su tamaño coincidente con la anchura de las cámaras, de manera que aquellos quedarían suspendidos con el fondo cerca del fuego, sin parrilla interpuesta, lo que permitiría un mejor aprovechamiento del calor (Abarquero *et al.* 2012).

Entre estos contenedores, además, ya no son infrecuentes los verdaderos moldes de «briquetage». Se trata de escudillas de barro grosero, semicocido y en cuyas paredes exteriores es habitual hallar huellas de trenzados vegetales que indican una confección apresurada en el interior de cestos, sin preocuparse por su consistencia y resistividad, puesto que estaban destinados a un solo uso. En el interior de estos recipientes sí podemos imaginar que tuviera lugar el secado final de las salmueras y su conversión en «quesos» de fácil comercialización.

Pese a todo, siguen siendo más habituales las vasijas de cocción completa, los mismos tipos de cocina que podemos encontrar en yacimientos habitacionales de esta época. En un caso, incluso, hemos hallado una gran olla de perfil en «S» todavía colocada sobre uno de los hornos más superficiales. Por ello nos hemos planteado la posibilidad de que en esta época los dos pasos obligados para la obtención de sal por ebullición se realizaran en el mismo escenario: los hornos de cámara alargada descritos. Inicialmente las aguas salitrosas¹ se someterían a un primer hervido dentro de las habituales vasijas domésticas de cocción completa hasta conseguir la «pasta de sal»; con posterioridad, esta sería trasvasada a los moldes de «briquetage» para terminar el proceso de secado y solidificación. Con dicho proceder se podrían preservar las primeras para posteriores usos y solo habría que destruir los segundos, cuyo coste de fabricación es muy inferior, obteniendo a cambio un producto modulado e idóneo para incorporarse a una red de intercambios económicos, mercantiles y sociales (Abarquero, Delibes y Guerra, e.p.).

c) ASPECTOS RITUALES DE LA ACTIVIDAD SALINERA EN LOS COCEDEROS PREHISTÓRICOS. Aunque el registro arqueológico ha resultado bastante elocuente a la hora de aportar información sobre los procesos tecnológicos para la obtención de sal en la Prehistoria, no en pocas ocasiones, la Antropología ha acudido en nuestro auxilio para encontrar un significado a ciertos vestigios relacionados con la cadena operativa, como hemos tenido ocasión de compro-

1 No descartamos que, como ocurría en el Calcolítico Final, antes de este primer hervido las salmueras fueran sometidas a procesos de evaporación natural, como tampoco la existencia de métodos de lixiviación, puesto que en estos contextos modernos no dejan de aparecer algunos grandes hoyos excavados en la tierra que pudieron haber servido también como balsas de decantación, aunque sus disimilares características no permiten confirmarlo.

bar. El estudio del pasado a partir de restos materiales no es tarea sencilla en ningún caso, pero la dificultad es aún mayor si de lo que se trata es de analizar los aspectos más intangibles de las sociedades pretéritas: aquellos relacionados con el mundo de las creencias. Estas se encontrarían en el último peldaño de la escala de inferencia del registro arqueológico, una propuesta desgranada por Christopher Hawkes en un artículo publicado en la revista *American Anthropologist*. Allí el prehistoriador británico reivindicaba la necesidad de que Arqueología y Antropología fueran de la mano: «Good archaeological theory demands a conjunction of methods, conjoined on a rational basis of good logic. History and Science have not to be segregated, but identified together. And that should be archeology's service to anthropology as a whole» (Hawkes, 1954: 168).

En el transcurso de las excavaciones en Molino Sanchón II y en Santioste, además de restos estrechamente relacionados con las tareas productivas, hemos podido documentar otros que fosilizan comportamientos simbólicos. Comenzando por Molino Sanchón II, la materialización de tales comportamientos se aprecia en la abundancia de recipientes campaniformes, una distintiva vajilla de carácter suntuario que se vincula a las élites sociales de gran parte de Europa a mediados del III milenio AC y que se relaciona con el consumo de bebidas alcohólicas (Fig. 4).

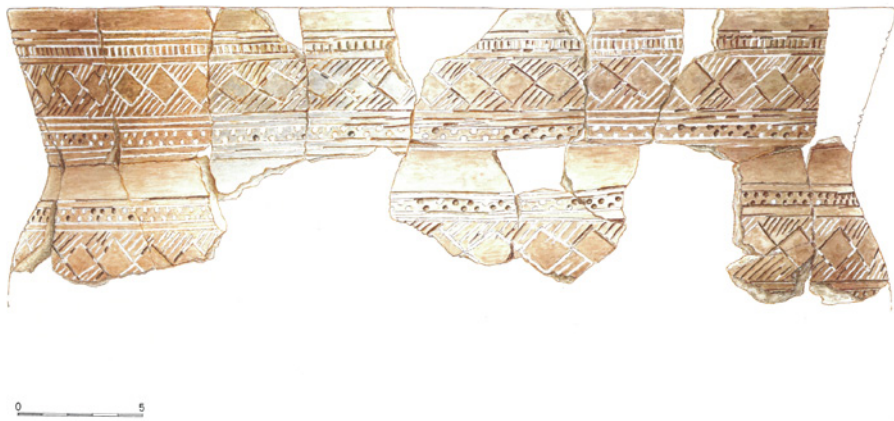


Figura 4: Gran vasija Campaniforme de Molino Sanchón II.

Descartado su papel estrictamente funcional en el procesado de la salmuera, según nos han revelado los análisis de pastas de las producciones cerámicas del yacimiento, venimos defendiendo el carácter ritual de los campaniformes en esta factoría salinera (Delibes, Guerra y Abarquero, 2016). Vendrían en apoyo de esta propuesta testimonios como los de dos de los pozos de captación de agua de la fase I, los localizados en los

sectores 1D y 1F, que contenían en su interior sendos grandes recipientes campaniformes prácticamente completos, quizás por haber sido el resultado de deposiciones deliberadas. Y aún más, pues en el caso del pozo de 1F, recuperamos huesos de animales domésticos con signos de manipulación humana, tal vez trasunto de una ceremonia comensal si se tiene en cuenta que los restos de fauna son extremadamente escasos en el yacimiento (Liesau y Daza, 2012). ¿Habrían acogido los campaniformes de Villafáfila alguna bebida alcohólica destinada a libaciones? No es algo que podamos descartar. Y en este sentido conviene recordar que los salmenteros de Vera Cruz, en México, proceden al comienzo de cada estación a bendecir una cruz que simbólicamente izan junto al manantial salado, acto que, significativamente, acompañan no solo de oraciones y de quema de incienso, sino también de la ofrenda de alimentos y de licor (Martell, 2011: 54).

Igualmente, la otra factoría prehistórica de sal aquí excavada, Santioste, de los inicios de la Edad del Bronce como vimos, fue el escenario de comportamientos rituales, que se concretan de manera muy contundente en el enterramiento de una joven, de cierto estatus social a juzgar por la riqueza de su ajuar (Delibes, 1993), y en una costosa ofrenda animal: la deposición de una ternera cuyo cuerpo (Fig. 5), en perfecta conexión



Figura 5: Pozo con el depósito de una ternera en el yacimiento de Santioste.

anatómica, fue dispuesto entero dentro de una fosa, sin que se hiciera el menor aprovechamiento cárnico de ella (Liesau, 2012: 407–412).

Este tipo de documentos no son exclusivos de los cocederos prehistóricos de Villafáfila, pues el registro arqueológico de antiguas minas y espacios metalúrgicos revela la escenificación allí de ceremonias, que se concretan en ofrendas, depósitos votivos y enterramientos (Blas, 2010; Budd y Taylor, 1995). Y de nuevo, ha sido gracias a la Antropología, como hemos sido capaces de entender la necesidad de las gentes prehistóricas de Villafáfila y de otros sitios europeos de llevar a cabo ceremonias rituales en estos espacios productivos. Efectivamente, testimonios etnográficos e históricos dan fe de que las actividades de minería y metalurgia en sociedades preindustriales tienen importantes connotaciones simbólicas y mágicas, de ahí la celebración de actos propiciatorios, en un intento por agradar a los seres del inframundo y las divinidades protectoras de los minerales, al considerar que se profana sus dominios para robar a la *petra genatrix*, que decía el sabio Mircea Eliade (1959), unos frutos todavía sin madurar.

4. LA ACTIVIDAD SALINERA EN VILLAFÁFILA: UNA ACTIVIDAD TRADICIONAL

Remontándose la actividad salinera en Villafáfila al menos al Calcolítico avanzado, a partir del Bronce Medio se observa un declive, circunstancia que, como ya se ha mencionado, pudiera tener que ver con un cambio en las condiciones climáticas, más húmedas y menos propicias para el negocio. Sin embargo, ello no significa que, a menor escala, no se siguieran aprovechando las aguas salobres con otros métodos extractivos que han dejado menor huella. De hecho, sospechamos que los más arriba mencionados documentos de época romana, la *limitatio* de Fuentes de Ropel y ciertas versiones sobre el origen del topónimo de Villafáfila en la *favilla salis*, la sal pura de Plinio, podrían ser solo pequeños óculos por los que, al menos de forma intermitente, esta actividad asomara su rostro. Quizás por ello también tras la debacle de las «pausatás» medievales, llevadas a la ruina fundamentalmente por los cambios políticos, se producen intentos de nuevos aprovechamientos en tiempos de Carlos III o con la última instalación de una fábrica de salitres (Rodríguez, 2000). Además de todo ello es inevitable imaginar cierta pervivencia de la actividad, aunque solo fuera de forma puntual y para uso no comercial en las sociedades tradicionales. ¿Cómo entender si no el mencionado testimonio de Gómez Moreno a principios del siglo xx?

Por tanto, de alguna manera, la actividad salinera siempre ha estado presente en Villafáfila, y el aprovechamiento de tan preciado elemento, en muy diferentes facetas, se ha mantenido en la línea del tiempo, por más que las evidencias arqueológicas o documentales resulten bastante esquivas para ciertos momentos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F. J., DELIBES DE CASTRO, G. y GUERRA DOCE, E. (e.p): «Notas sobre la trayectoria y la tecnología en los cocederos de sal prehistóricos de las Lagunas de Villafáfila (Zamora, España)», en *3rd International Congress on the Anthropology of Salt*, 12–15 September, 2018, *Añanako Gatz Harana Fundazioa/ Fundación Valle Salado de Añana, Gesaltza Añana/ Salinas de Añana*.
- ABARQUERO MORAS, F. J., GUERRA DOCE, E., DELIBES DE CASTRO, G. y LÓPEZ SÁEZ, J. A. (2018): «La explotación de la sal durante la Prehistoria en las Lagunas de Villafáfila (Zamora): Los cocederos de Molino Sanchón II y Santioste». *Cuaternario y geomorfología: Revista de la Sociedad Española de Geomorfología y Asociación Española para el Estudio del Cuaternario*, nº 31 (1–2), pp. 7–24.
- ABARQUERO MORAS, F. J., GUERRA DOCE, E., DELIBES DE CASTRO, G., PALOMINO LÁZARO, A. L. y VAL RECIO, J. M. del (2012): *Arqueología de la Sal en las Lagunas de Villafáfila (Zamora): Investigaciones sobre los cocederos prehistóricos*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Monografías 9, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- ALCINA FRANCH, J. (1989): *Arqueología antropológica*. Akal Universitaria, Madrid.
- BLAS CORTINA, M. A. de (2010): «El expolio del subsuelo y las prácticas rituales en la minería prehistórica: a propósito del hallazgo de esqueletos humanos en las explotaciones de cobre en Asturias» en *Cobre y oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*, J. A. Fernández-Tresguerres (ed.), Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo pp. 126–169.
- BUDD, P. y TAYLOR, T. (1995): «The faerie smith meets the bronze industry: magic versus science in the interpretation of prehistoric metal-making», *World Archaeology*, nº 27(1), pp. 133–143.
- CARRASCO VAYÁ, J. y HUESO KORTEKAAS, K. (2008): *Los paisajes ibéricos de la sal: las salinas de interior*. Fundació Territori i Paisatge, Barcelona.
- CASTELLÓN HUERTA, B. (2016): «Los estudios antropológicos de la sal en México en los últimos 20 años, resumen y perspectivas», *Arqueología*, nº 53, pp. 141–159.
- CHEVALLIER, R. (1976): «Le paysage, palimpseste de l'Histoire. Pour une Archéologie du paysage». *Melanges de la Casa de Velázquez*, nº 12, pp. 503–510.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1993): «Sal y jefaturas: Una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste en Villafáfila, Zamora». *Brigecio. Revista de Estudios de Benavente y sus Tierras*, nº 3, pp. 33–46.
- DELIBES DE CASTRO, GARCÍA ROZAS, R., LARRÉN IZQUIERDO, H. y RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, E. (2005): «Cuarenta siglos de explotación de sal en las lagunas de Villafáfila (Zamora): de la Edad del Bronce al Medioevo», en *Primera Trobada Internacional d'Arqueologia envers l'Explotació de la Sal a la Prehistoria*, Archaeologia Cardonensis, I, A. Figuls y O. Weller (eds.), Cardona, pp. 111–144.
- Delibes de Castro, G., GUERRA DOCE, E. y ABARQUERO MORAS, F. J. (2016): «Rituales campaniformes en contextos no funerarios: la factoría salinera de Molino Sanchón II (Villafáfila, Zamora)». *ARPI (Arqueología y Prehistoria del Interior Peninsular)*, nº 04 (Extra), pp. 286–297.

- DELIBES, G., SALVADOR, M. y VIÑE, A. I. (1998): «Santioste, una factoría salinera de los inicios de la Edad del Bronce en Otero de Saregos (Zamora)», en *Minerales y metales en la Prehistoria Reciente: algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*, Studia Archaeologica, 88, G. Delibes (coord.). Universidad de Valladolid, Valladolid, pp. 155–198.
- ELIADE, M. (1959): *Herreros y alquimistas*. Alianza Editorial, Madrid.
- GÓMEZ MORENO, M. (1927): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Zamora (1903–1905)*, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Madrid.
- GUERRA DOCE, E., ABARQUERO MORAS, F. J. y DELIBES DE CASTRO (2017): «Una nueva propuesta sobre el moldeado de la sal en la factoría prehistórica de Molino Sanchón II (Villafáfila, Zamora)», en *Miscelánea en homenaje a Lydia Zapata Peña (1965–2015)*, J. Fernández Eraso, J. A. Mujika Alustiza, A. Arrizabalaga Valbuena y M. García Díez. (coords). Universidad del País Vasco, Vitoria, pp. 471–494.
- GUERRA, E., ABARQUERO, F. J., DELIBES, G., PALOMINO, A. L. y DEL VAL, J. M. (2012): «Das Projekt 'Salzarchäologie' der lagunen von Villafáfila (Zamora). Ausgrabungen in den Prähistorischen Salzsieden Molino Sanchón II und Santioste». *Madrid Mitteilungen*, nº 53, pp. 85–133.
- HAWKES, C. (1954): «Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World». *American Anthropologist*, nº 56, pp. 155–168.
- HERRERO DE LA FUENTE, M. (1988): *Colección Diplomática del Monasterio de Sahagún (León)*. Colección Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, León.
- LIESAU, C. (2012): «La fauna de la factoría de sal de Santioste, Villafáfila (Zamora)», en *Arqueología de la Sal en las Lagunas de Villafáfila (Zamora): Investigaciones sobre los cocederos prehistóricos*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Monografías 9, F. J. Abarquero Moras, E. Guerra Doce, G. Delibes de Castro, Á. L. Palomino Lázaro y J. M. del Val Recio (eds.), pp. 399–419.
- LIESAU, C. y DAZA, A. (2012): «La fauna de Molino Sanchón II», en *Arqueología de la Sal en las Lagunas de Villafáfila (Zamora): Investigaciones sobre los cocederos prehistóricos*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Monografías 9, F. J. Abarquero Moras, E. Guerra Doce, G. Delibes de Castro, Á. L. Palomino Lázaro y J. M. del Val Recio (eds.), pp. 383–398.
- LÓPEZ ROMÁN, M. E. (2014): *Paisajes de la Sal en Andalucía*. Colección Tesis Doctorales de la Universidad Politécnica de Madrid, Madrid.
- LÓPEZ-SÁEZ, J. A., ABEL-SCHAAD, D., IRIARTE, E., ALBA-SÁNCHEZ, F., PÉREZ-DÍAZ, S., GUERRA-DOCE, E., DELIBES DE CASTRO, G. y ABARQUERO MORAS, F. J. (2018): «Una perspectiva paleoambiental de la explotación de la sal en las Lagunas de Villafáfila (Tierra de Campos, Zamora)». *Cuaternario y geomorfología: Revista de la Sociedad Española de Geomorfología y Asociación Española para el Estudio del Cuaternario*, nº 31 (1–2), pp. 73–104.
- LOWIE, R. H. (1946): *Historia de la Etnología*. Fondo de Cultura Económica, México.
- MAIR, L. (1981): *Introducción a la Antropología Social*. Alianza Universidad, Madrid.

- MARTELL CONTRERAS, M. L. (2011): «The saltmakers of Soconusco and Benito Juárez: an interpretation of ethnoarchaeological data from the perspective of gender and identity», en *Archaeology and Anthropology of Salt: A Diachronic Approach. Proceedings of the International Colloquium, 1–5 October 2008, Al. I. Cuza University (Ia i, Romania)*, British Archaeological Reports International Series 2198, M. Alexianu, Weller, O., Curc , R. G. (eds.). Archaeopress, Oxford, pp. 49–55.
- MAYER, M., GARCÍA, R. y ABÁSULO, J. A. (1999): «El bronce de Fuentes de Ropel (Zamora)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIV, pp. 161–174.
- ORTEGA VALCÁRCCEL, J. (2000): «El paisaje como construcción. El patrimonio territorial». *DAU. Debats d'Arquitectura i Urbanisme. Revista de la Demarcació de Lleida del COAC*, nº 12, pp. 36–46.
- PASTOR DE TOGNERI, R. (1963): «La sal en Castilla y León. Un problema de la alimentación y del trabajo y una política fiscal (siglos X–XIII)». *Cuadernos de Historia de España*, nº 37–38, pp. 42–87.
- PÉTREQUIN, P., WELLER, O., GAUTHER, È., DUFFRAISSE, A. y PININGREE, J. F. (2001): «Salt spring exploitation without pottery during Prehistory. From New Guinea to the French Jura», en *Ethno–Archaeology and its Transfers*. British Archaeological Reports, International Series 983. S. Beyries y P. Pétrequin (eds.). Archaeopress, Oxford, pp. 37–65.
- ROBLES GUTIÉRREZ, V. (2016): *Método de extracción de la salina de Itxapa*, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, E. (2000): *Historia de las explotaciones salinas en las Lagunas de Villafáfila (Zamora)*. Cuadernos de Investigación Florián de Ocampo, 16. Zamora.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, E., LARRÉN IZQUIERDO, H. y GARCÍA ROZAS, R. (1990): «Carta Arqueológica de Villafáfila». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, pp. 33–76.
- RUIZ ASENCIO, J. M. (1987): *Colección Documental de la Catedral de León.III. (986–1031)*. Col. Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, León.
- SÁIZ ALONSO, E. (1989): *Las salinas de Poza de la Sal*, Simancas Ed., Burgos.
- SANZ, F. J. y VIÑÉ, A. I. (1991): «Prado de Los Llamares, Villafáfila. Excavación arqueológica de urgencia». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, Zamora, pp. 33–45.
- STOCKING, G. W. (1968): «Franz Boas and the Culture Concept in Historical Perspective». En *Race, Culture, and Evolution: Essays in the History of Anthropology*, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 195–234.
- WILLEY, G. R. y PHILLIPS, Ph. (1958): *Method and theory in American Archaeology*. University Chicago Press, Chicago.
- YÁÑEZ, Cifuentes, M. P. (1972): *El Monasterio de Santiago de León*. Centro de Estudios de San Isidoro, León.